

565 426

VICENTE GARCÍA HUIDOBRO F.

9/279-44)

ECOS

2280



DEL

ALMA



Santiago de Chile
IMPRESA Y ENCUADERNACION CHILE
Calle Morandé, Núm. 767

1911

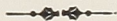
BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



PROLOGO



24 de Octubre de 1911,

AMIGO MÍO:

Al escuchar el eco de tu voz confundido en el universal concierto de la poesía, saltarán muchos críticos efervescientes, de esos que están á la pesca (como vulgarmente se dice) de los poetas flamantes, á enseñarte á cantar y á destrozar, con el metro en los labios, tus inspirados versos, que tienen el mérito indiscutible de no haber sido limados, ni corregidos por los maestros en el arte, sino recogidos como se recogen al amanecer las flores empapadas de rocío, que nacen entre la yerba sin más cultivo que el sol y la brisa.

A mi juicio, á esta clase de versos, que con suma propiedad llamas «Ecos del Alma», porque no son fruto de tesonero y concienzudo estudio, se les critica según la impresión que producen.

¡Linda cosa sería criticar á la espléndida rosa, por hojas de más ó de menos! ¿Y sus galas? ¿y su perfume?

No temas por tus versos, amigo mío: son buenos. Tu libro es un primoroso ramillete de flores escogidas. ¿Hay mejor aplauso que arrancar un suspiro? Pues bien, tus versos impregnados de melancolía, más de un suspiro me han arrancado, y si no me avergonzara hacerte una confesión, te diría algo más, pero... eso de llorar es un poco femenil!

Tus cántos tienen la especial y seductora entonación del primer gorjeo del ave, tierno y melancólico; feliz presagio de la armonía divina de ese himno eterno y gigante que cada criatura lleva en su alma, pero que sólo el poeta, nota vibrante, sabe expresar.

La poesía no se aprende ¡el poeta nace cantando! la rima coge sus pensamientos en su engranaje y los devuelve cristalizados, se puede decir; en murmullos arrobadores de países lejanos que hablan al alma ¡en siluetas de seres amados nadando en luz! en cuadros poblados de imágenes de sin igual melancolía é idealidad, descritos en geniales estrofas, como el artista que esculpe sus ideas en la piedra. Atmósferas etéreas en que todo vibra, todo es luminoso, cubierto de polvillo de oro, de alas de mariposa, y, cada pensamiento despide luz, y, cada suspiro es un enigma de amor y de dolor infinito!

No sé si envidiar ó compadecer al poeta.

Lleva en su alma un inquieto Quijote, caballero en su Rocinante, lanza en ristre, siempre dispuesto á embestir contra los Molinos de Viento, y, ciegamente enamorado de la perfección y de la belleza.

El genio tiene sus puntos de semejanza con el poeta, cierto desequilibrio que no lo permite seguir el camino llano, sino que lo induce á vivir aislado como las águilas del espacio y como las fieras en sus cavernas.

No hay más que mirar á un poeta y en su frente se lee el sello de indefinible nostalgia que obscurece el alma al verse reducido á la cruel soledad en compañía ¡se siente en todás partes extraño! no encuentra donde plantar su tienda!

Es particularidad del poeta determinar con exactitud el lugar de su sepulcro, porque su espíritu aspira á rodear de poesía sus despojos mortales. ¡Qué poeta no pretende dormir su último sueño bajo un sauce, en un abrupto peñón azotado por las olas del mar, á la sombra de una cruz blanca con su verde enredadera de pasionarias, etc. Pero, jamás sabe del día de mañana! Deja la tarea del sustento material á la razonada actividad, á la gula de Sancho Panza.

Lógico, sola y exclusivamente en los anhelos de Ideal, el poeta tiene alma de niño caprichoso y mimado al par que arranques de héroe legendario. Algo de esto encuentro en la poesía:

«Dí que esa estrella que en los cielos arde
Colmaría tu dicha y tus anhelos,
Y cuando brille fúlgida en la tarde
Escalaré los cielos».

«Dime que quieres la inmortal medalla
Que ambicionan los grandes de la tierra,
Que se gana peleando en la batalla
Y partiré á la guerra».

«Dime que quieres la corona ansiada
Que del poeta hace latir el pecho,
Y por verte del lauro coronada
Haré versos de amor cual no se han hecho».

Sobremanera me gusta *Noche Triste*. ¡Qué fantasía, qué novedad! ¡Qué hermosas las comparaciones sobre la luna!

«Puro y límpido témpano de hielo
Bella flor deshojada por el viento,
Lentejuela de plata que en el velo
Te ostentas de la reina del cielo».

Y por último la hermosísima metáfora Valiente cual ninguna:

«Blanca perla del mar del firmamento».

Esa comparación puede figurar en la mejor composición del más afamado poeta; me hace pensar en el genial autor del *Vaso Trizado*, Sully Prudhomme, en el inmortal Alfonso de Lamartine que en su poesía sublime no desdeñaría esas brillantes imágenes.

No es un niño el que golpea tímidamente á las puertas del Ateneo, eso es llegar en son de Conquistador, apesar de sus dieciocho años.

Tus cuadros son tan llenos de verdad, que al leer *Invernal*, sentí el frío de la nieve de invierno y el frío de los muertos en sus calladas tumbas. Son pinceladas maestras y muy sentidas. ¡Qué derroche de sentimentalismo! ¡Qué cadencia! El verso semeja un acompañamiento fúnebre y se tiembla con los cadáveres, y se escucha la nieve que cae, y se vé la hierbecilla quemada en torno de los sepulcros, y sobre todo admiro la nota de luz tan humana en la lobreguez del cuadro: el canto del panteonero connaturalizado con las tristezas:

En el casuchón viejo
El panteonero,
Entona una balada
De aire ligero;
Mientras afuera,
Brilla el astro prendido
En la alta esfera.

Flores muertas tiene la soltura y sentimentalismo, la sencillez y profundidad del simpático Campoamor, v. gr.

«Y aunque del verso no tendrá las galas
El ave siempre es ave, sin las alas».

En el diálogo de Juana y Ernesto se encuentran los inimitables giros lleno de gracia y gentileza del insigne poeta de las Doloras.

«*Himay* es semi-oriental, acaso trae á la memoria las narraciones de Edgardo Poé». Dramas de almas que se desarrollan en las sombras de las selvas á la hora crepuscular. Secretos de los sepulcros que se pierden en el misterio de la noche eterna!

El Payador inspirado en una estrofa de Rafael Obligado, es uno de los cantos más vigorosos y entonados.

«Soy una flor desprendida
Que arrebatada el huracán
Mariposa que en su afán
Volando pasa la vida;
Sombra de un alma perdida
Por las montañas yo vago,

Y me detengo en el lago
Donde una náyade hermosa
Con un harpa misteriosa
Me enseña un canto muy vago».

En esa poesía está muy bien descrita el alma bohemía del soñador ignorante que canta porque sí, porque no sabría hacer otra cosa, como el pájaro que al volar de rama en rama alegra la floresta con sus entonados trinos.

El Nocturno hace desear las noches serenas de estío pobladas de rumores musicales: la rana, el grillo, la fuente.

Es el primer sueño del poeta lleno de indefinidos deseos, tiene algo como un dolor de poesía de inconsciente tristeza. Y digo inconsciente porque un niño de diez y seis á diez y siete años, edad en que fué escrita, no sabe lo que es el dolor, es decir, aún no sabe de amor.

¿De dónde, entonces, esta tristeza si nó de la poesía misma que hace su primer reclamo en el corazón del niño poeta? He aquí la muestra:

«Yo quisiera temblar bajo esas fosas
Yo no temo la muerte y los gusanos
¡Qué de la larva salen mariposas!
¡Qué son todos los muertos mis hermanos!»

Y estas otras:

«Vuelvo los ojos... distraerme quiero,
Un cisne allá en la plácida laguna
Con un andar pesado y lastimero,
En el fulgor se baña de la luna.

Y al pasarse, mirando hacia la orilla
Deja en el agua el rastro de sus alas,
Símbolo de la dicha que ya brilla
Cuando deshechas caéñse sus galas».

¿De dónde repito esta inconsciente experiencia,
si nó de la misma fuente?

El poeta tiene un sentido especial para percibir
todas las tristezas de la naturaleza y saturarse de
ellas.

El Madrigal «*Ojos de Cielo*» es delicioso. ¡Qué ele-
gantes giros! Parece el vuelo de una mariposa en
torno de la llama.

Sursum Corda dedicado á tu Madre, es una com-
posición superior á tus años; parece inspirada en el
dolor; es el grito de un alma oprimida por todas las
injusticias y crueldades del destino que suspira por
las brisas del cielo. Largo sería enumerar todas las
composiciones hermosísimas del libro. Solo citaré
«En su crucesita» «Ven»... «La Muerte del Poeta»
etc., etc.

Ojalá, amigo mío, no te amedrente la crítica, re-
cuerda que no hay peor síntoma que los muchos
aplausos.

Los seres superiores deben pagar su tributo al
vulgo que se goza en arrojar piedras en su camino.

E. D. C.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



Santiago, 26 de Octubre de 1911.

Niña del alma:

Este es el libro. Te pertenece; estos versos son tuyos. ¡Cuántos de ellos nacieron en mi alma bajo el influjo de tu mirada! No lo dudo que están desprovistos de todo mérito, pero son mi espíritu, mi sangre, los latidos de mi corazón y por eso pudiera poner al principio de este ensayo poético la famosa estrofa del Intermezzo de Hiene:

*De mis ansias, tormentos y querellas,
Es este libro humilde panteón
Al hojear sus páginas, en ellas
Aún sentiréis latir mi corazón.*

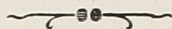
Tú me has pedido darlos á luz. Nada me importaría que los destrozara la crítica y que cayeran en el olvido siempre que los oyera re-

citar una vez tan solo de tus labios, siempre que conservases un solo verso en tu memoria. El único mérito que pueden tener, sólo tú lo comprenderás; tú, que sabes que en muchas de esas composiciones cada estrofa es una lágrima y que otras nacieron al mirar dibujarse en tus labios una sonrisa; tú, que eres el único sér de la tierra que conoce íntegramente mi corazón.

Pero no todos son mi alma... también lo sabes tú... algunos de ellos no tienen ninguna relación conmigo; tú recordarás su origen. Esta advertencia mejor que para tí la hago para el lector.

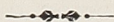
Este libro escrito en otro tiempo habría sido un ramo de flores marchitas por la helada, por sus páginas habría corrido un cierzo de Invierno, cada estrofa hubiera sido un carámbano. Hoy, después de haberte conocido, es un ramo de botones frescos, por casi todas sus páginas corre una brisa de primavera, es un ramillete de rayos de sol que vengo á ofrecerte como un tributo.

D. García Huidobro Fernández.





DEDICATORIA



A M. P. B.

Cuanta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarlas.

BECKER.

Dormitaba en el fondo de mi alma
La reina poesía,
Tú viniste á arrancarla del sueño
Y á darla á la vida.
Cuanta nota durmiendo esperaba
La mano benigna
Que inspirándole al alma sentires
De amor y de dicha
Diera fuerza y vigor á lo muerto,
A lo que dormía;
Diera forma y vestuario de luces
A notas perdidas

Que surgieron entonces formando
 La ruda armonía
De mis rústicos cantos de amores,
 De gozos, de cuitas;
Como surgen del nido en el techo
 Tiernas golondrinas
Cuando asoman las luces doradas
 Del astro del día.
Esa misma emoción que produce
 El sol cuando brilla;
Esa misma emoción dulce y vaga
 En mi alma sentía,
Cuando en ella fijabas amante
 Y tierna tu vista
Que es el sol que ha alumbrado la noche
 Sin luz de mi vida
Y tú fuiste esa maga que vino,
 Esa maga bendita,
A tocar en un alma desierta
 Sin una alegría
Y brotar de ella hiciste las notas
 Que en ella dormían:
Como un día Moisés de una peña
 Con fuerza divina
Arrancara á copiosos raudales
 El agua de vida;
Y por eso son tuyos mis cantos,
 Dulcísima niña,
Porque tú los sacaste del alma

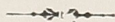
En donde dormían;
Porque fuiste la maga encantada
Que dióles la vida,
Y por eso son «Ecos del alma»
Que el alma dedica
A esos ojos de amor infinito
Que á mí solo miran,
A esos dedos de puro alabastro
Que pulsan mi lira.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



EL CRISTO DEL MONTE



A mi querido y respetado abuelo D. Domingo Fernández
Concha.

¡Cuán alta la montaña!
¡Cuán cerca el cielo!
¡Qué ganas siente el alma
De alzar el vuelo!

Aquí á los pies del Cristo
Llegan las aves;
Aquí entonan sus himnos
Tiernos y suaves.

Aquí en la Primavera
Crecen las flores,
Y exhalan sus más puros,
Frescos olores.

Traen á los enfermos
De allá del llano;
Porque al enfermo el Cristo
Lo deja sano.

A sus plantas ofrece
Tributo el suelo,
De nubes lo corona
Arriba el cielo.

Cuando cae la sombra
Sobre la tarde
Y el sol en el ocaso
Apenas arde,

La brisa rumorosa
Besa su frente,
Con un beso suave
Y reverente.

Pican en su cabeza
Las golondrinas,
Cual si arrancar quisieran,
Esas espinas.

Y el Cristo bondadoso
Mira sonriente

Cómo juegan las aves
En el ambiente.

Mas al volver la vista
A la llanura
Se anubla su mirada
Por la amargura.

¡Cuán distintas del hombre
Las avecillas!...
Nunca olvidan al Cristo:
Siempre sencillas.

Emprenden la jornada,
Suben al monte,
Vienen de allá muy lejos
Del horizonte.

Mas, por el Cristo se hace
Corto el camino:
¡Jerusalén ansiada
Del peregrino!

Se respira aquí un aire,
De dulce calma,
Que fortifica al cuerpo
Y alienta al alma.

Esta brisa que pasa,
En raudo vuelo,
Tiene poco del mundo.
Mucho del cielo.

Aquí se olvidan penas,
Aquí no hay llanto;
Aquí el Cristo consuela
Todo quebranto.

Señor, antes de irnos
De nuevo al llano,
Bendícenos á todos
Con tierna mano.

Adiós, montaña santa,
Que vuelvo al mundo:
He de seguir pisando
El cieno inmundo.

Señor, tu faz no nuble
Esa amargura;
Sed del náufrago siempre
Tabla segura.

Adiós, Faro que alumbra
Nuestro camino:

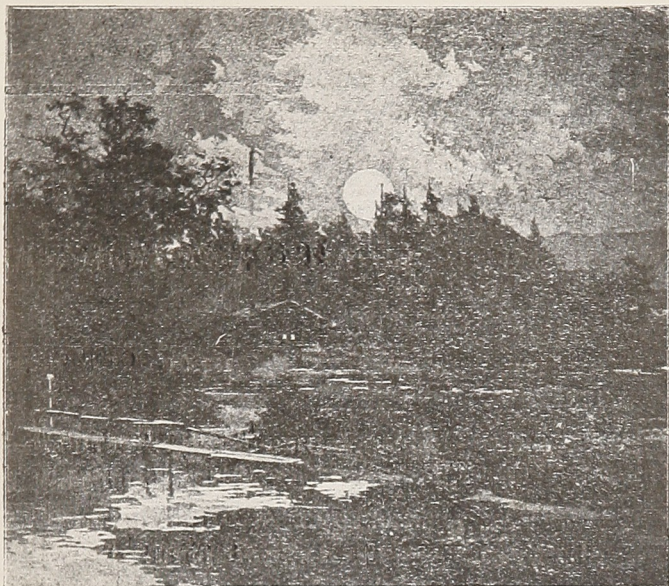
Nunca planta su tienda
El peregrino.

Cuando en mis días tristes
De ti me acuerde,
Cuando en horas de lucha
Yo te recuerde,

Y cuando á apagar vaya
La edad mi vida
Y ante mí se presente
Tú faz dolida,

Tú me darás ayuda,
Darás consuelo...
¡Adiós, montaña santa!
Girón de cielo!





LA MUERTE DEL POETA



A mi amigo Calixto Martínez M.

Murióse el bardo, el de la lira de oro,
El que cantaba trémulo de amor,
De cuyas notas en raudal sonoro
Se escapaba un gemido de dolor.

Murióse abandonado en su cabaña
Porque el mundo jamás lo comprendió,

Llámole loco y en su fiera saña
Sus ideales por tierra le arrojó.

Y fué una noche. El viento suspiraba
Con dolorosa voz una elegía,
Mientras el pobre bardo agonizaba
Descolorido el rostro, el alma fría.

En vano con su vista desmayada
Busca aquella mujer que tanto amó.
No está junto á él la prenda idolatrada
Que en sus versos tiernísimos cantó.

El la llama con voz de honda tristeza
Y ella no atiende á su último clamor;
Hizo inmortal su nombre y su belleza
Y ella desprecia su tenaz dolor.

Nadie le vió morir. Solo la luna
Escuchar pudo su último cantar,
Como escucha del cisne en la laguna
El canto que su fin viene á anunciar.

Sólo ella le asistió. Su lumbre pura
Envolvió al vate en pálido fulgor,
Y el que cantara siempre su hermosura
Sólo á ella contóle su dolor.

Y nadie de su mal se compadece
¡Cuán demacrado y pálido que está!
Frío glacial sus miembros extremece
El arpa del amor expirará.

Y se muere soñando en sus amores
Al asomar en el Oriente el día,
Y muere como muérense las flores,
Dando hasta el fin su aroma y su ambrosía.

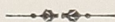
Mueren con él su nombre y sus ideales,
Los aplausos se olvidan que ganó
Se marchitan los lauros inmortales,
Que en su frente gloriosa un tiempo vió.

Y su cuerpo reposa en una tumba
Debajo un sauce que su cuita llora,
El bullicio del mundo lejos zumba
Como una tempestad atronadora.

Y en la tarde al cruzar la brisa inquieta
Junto á la tumba del que tanto amó,
Llorando dice así: duerme poeta
El eco de tu lira se extinguió.



SU NOMBRE



Es susurro del viento en las hojas,
Melodía en la brisa,
Nota dulce de amargas congojas,
En la Aurora es sonrisa.

Es suspiro de un ave que canta
Al calor de su nido;
Es canción de sirena que encanta
Al náufrago herido.

En el alma del triste es consuelo,
Es fulgor de esperanza,
En horrenda tormenta del cielo
Es iris de bonanza.

En el aire que pasa es querella,
En los campos es flor,
En la bóveda azul es estrella,
En el alma es amor.





A LA SANTISIMA VIRGEN

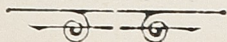
SONETO

¡Salve, Reina María, inspiradora!
Única musa que mi mente ansía
Musa de perfectísima armonía
A quién mi corazón fervido adora.

Si yo no os canto á Vos ¡Oh gran señora!
Romped las cuerdas de la lira mía
Y no brote en mi ingrata poesía
Sublime inspiración, grande y sonora.

Y haced, Vos, que al saltar mi lira rota
Hieran sus cuerdas mi alma endurecida
Y que sea un lamento cada nota,

Lamento que al salir por la ancha herida
Vaya á perderse en la región ignota
En la obscura región desconocida.





OJOS DE CIELO



MADRIGAL

Del cielo ese azul lejano
En tus ojos se refleja,
El bello azul que semeja
Lo grande del oceano;
Un cielo encierra ese arcano
Que es causa de mi desvelo,
Y si yo con tanto anhelo
¡Oh niña, miro tus ojos,
No tengas conmigo enojos
¡Es sólo por ver el cielo!





NADA IMPOSIBLE



Dime que quieres la más bella perla
Que en los mares se oculta del Oriente;
Y yo al fondo del mar iré á cogerla,
Y la pondré en tu frente.

Dime que quieres el mejor diamante
Que del monte se esconde en las entrañas;
Y por servirte cavaré anhelante
Las ásperas montañas.

Dí que esa estrella que en los cielos arde
Colmaría tu dicha y tus anhelos;
Y cuando brille fúlgida en la tarde
Escararé los cielos.

Dime que quieres esa azul violeta,
Azul como los cielos y esplendente;

Y aunque esté en lo profundo de una grieta
La cogeré valiente.

Dime que quieres la inmortal medalla,
Que ambicionan los grandes de la tierra,
Que se gana peleando en la batalla;
Y partiré á la guerra.

Dime que quieres la corona ansiada,
Que del poeta hace latir el pecho;
Y por verte del lauro coronada
Haré versos de amor cual no se han hecho.

Septiembre 1910.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





AL CEMENTERIO

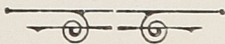


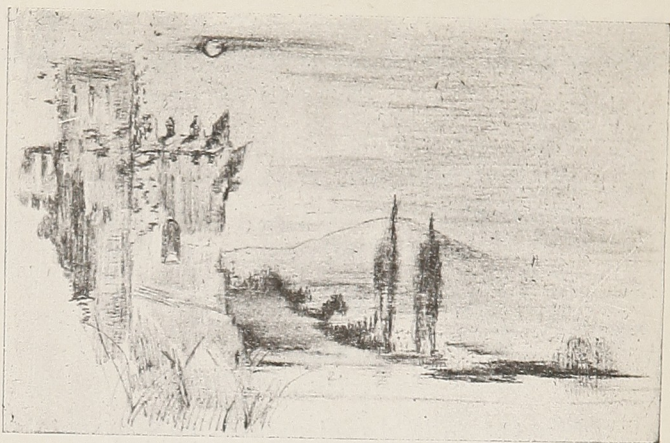
¿No veis allá aquel campo silencioso
Que se extiende detrás de un monasterio?
Es el lóbrego y triste cementerio,
Es el campo del último reposo.

No le piséis los que en el mundo ociosos
De los vicios vivís bajo el imperio,
Allí no hay pompa, hay soledad, misterio;
No le manchéis con vuestro pie engañoso.

Más, id los que cansados de penar
Buscáis del sauce la doliente sombra...
Los que queréis en calma descansar.

Bajo esa verde y natural alfombra,
¡Qué bien el cuerpo debe reposar
En tanto al alma el mas allá le asombra!





NOCTURNO



A mi querido amigo En-
rique Morandé C.

Es ya la noche. Estoy adormecido,
Reposando tranquilo en un diván,
Se siente abajo el incesante ruido
De las olas que vienen y que van.

De los grillos el canto entrecortado
Y el murmurar eterno de las ranas,
Trae á mi cuarto el viento acongojado
A quebrarse ondulando en mis ventanas,

Es la hora en que descansa el prisionero,
En que olvidan las almas sus pesares;

Solo se oye el graznar del agorero
Y presagiente buho en los pinares.

De pronto me levanto y pensativo
Voy abriendo del cuarto las ventanas;
Ya de la luna el rayo fugitivo
Ilumina las cumbres que están canas.

Todo afuera es quietud y todo es calma,
Todo convida al sueño, á reposar;
Siento una triste soledad en mi alma...
La soledad de aquel que sabe amar.

En tanto allá en el viejo cementerio
Cabecean los sauces hasta el suelo,
Centinela del sueño del misterio,
Alza el verde ciprés su frente al cielo.

Y cuando sopla el huracán bravío,
Y oscila con el viento el campanario
Tiemblan los muertos con el fuerte frío...
Se turba su silencio funerario.

Yo quisiera temblar bajo esas fosas,
Yo no temo la muerte y los gusanos.
¡Que de la larva salen mariposas!
¡Que son todos los muertos mis hermanos!

Envidio de ellos la dichosa suerte,
Porque al fin ellos duermen y descansan,
En tanto que huye de mi sér la muerte
Y ya mis miembros de penar se cansan.

Vuelvo los ojos... distraerme quiero:
Un cisne allá en la plácida laguna,
Con un andar pesado y lastimero,
En el fulgor se baña de la luna.

Y al pasearse mirando hacia la orilla,
Deja en el agua el rastro de sus alas;
Símbolo de la dicha que ya brilla
Cuando deshechas cáense sus galas.

El castillo destruído allá en la roca
Que se levanta altivo en la montaña,
Parece que gimiera cuando choca,
El viento en las almenas con su saña.

Del valle lóbrego al confín resuena
El ladrido del cán desesperado,
Que con su ronca voz el aire llena
De un eco lastimero y prolongado.

Sopla la brisa helada, rumorosa
Sacúdense los árboles al peso

De la ráfaga eterna, fragorosa
Y la luna á la tierra imprime un beso.

Un beso triste, un beso de desmayo,
Que de dolor hace temblar al mundo;
El astro lanza su postrero rayo
Y se desploma muerto en el profundo.

El valle queda triste, queda obscuro,
Sumido en un silencio sepulcral,
Sólo se escucha el ruido que en el muro
Hace al chocar violento el vendaval.

Me parece que allá en el bosque umbrío
Se escuchase el rumor de triste canto,
Que á compás de la música del río,
Brotó entre tibias lágrimas de llanto.

Me asusta esa canción vaga y serena,
Me atrae esa canción encantadora,
Es el canto quizá de una alma en pena
Que siempre cuando canta también llora.

Suenan las doce: la hora del misterio,
El miedo se apodera de mi pecho
Cierro los vidrios; miro al cementerio:
Es media noche: me reclama el lecho.

Sigue graznando el agorero buho,
Sigue el grillo en su canto con las ranas,
Y llega hasta mi cuarto el triste dúo
A quebrarse ondulando en mis ventanas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





LA VIOLETA BLANCA



Lágrima soy de una estrella
Que en lo alto tiembla de amor,
Soy el alma del dolor,
La nota de una querella.
Soy un rayo que destella
Del faro de la esperanza,
Soy un iris de bonanza,
La sonrisa de una rosa,
Una blanca mariposa
Que aun á volar no alcanza

Yo soy queja de una amante,
Sobre un sepulcro exhalada;
Y yo muero enamorada
Por un pajarillo errante.
Es por eso mi semblante
Tan pálido y sin color,
Porque yo más que una flor
Soy una alma solitaria,
Una tumba funeraria
En donde duerme un amor.



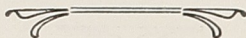


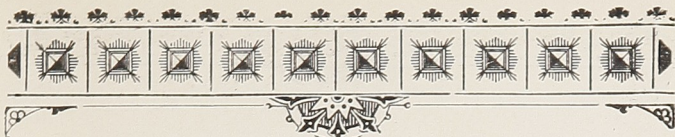
MI CRUCIFIJO



A mi padre.

Sobre mi lecho miro tu faz doliente,
Tus brazos siempre abiertos, tu pecho herido,
Tu corona de espinas sobre la frente,
Y tus labios que lanzan triste gemido.
Que con amor me miras se me figura
Y aunque tus ojos dulces están nublados
Leo en el fondo de ellos mucha ternura,
Mucha piedad, acaso, con los culpados.
Amame, Cristo mío, de faz llorosa,
Lleva en tu pecho tierno mi nombre escrito.
Tiende hacia mí tu mano siempre piadosa,
Tus ojos que se pierden en lo infinito.
Tú que sabes de penas y de amarguras
Da consuelo á las mías ¡oh Cristo amado!
Tú á quien sólo yo cuento mis desventuras
Ante tus pies benditos arrodillado.
Y cuando en mi agonía tiemble de frío
Nadie te aparte, nadie de mi mirada
Llevarte entre mis manos es lo que ansío
A la postrera, eterna, feliz morada.

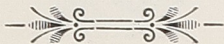




EN LA TUMBA DE UN POETA



Ruiseñor que cansado de la tierra
Alzaste el vuelo al alto firmamento,
A la manción donde la luz se encierra
Oye benigno mi dolido acento.
Y tú, Señor, escucha esta plegaria
Que triste y solitaria
En alas del amor elevo al cielo
Y dale pronto el eternal consuelo.
Sufrió mucho, Señor; su vida entera
Fué un eterno pesar
Sólo de Tí la dicha ansioso espera
No le hagas aguardar.
Y tú, errabundo, eterno caminante,
Detente ante la tumba del poeta,
Detente un sólo instante,
Y derrama una lágrima secreta
Una sentida lágrima por él
Que riegue acaso su inmortal laurel.





¿RECUERDAS?



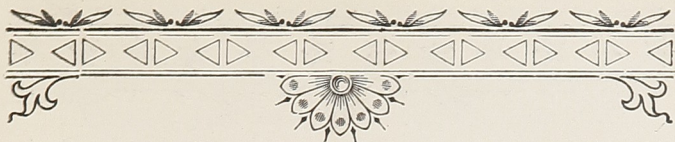
¿Recuerdas? Con su dulce melodía
Sollozaba Beethoven en el piano,
Y evocado de nuevo por tu mano
Más romántico y tierno parecía.

En el cielo contigo me sentía,
Y ese llanto de notas tan lejano
Despertó en mi alma un misterioso arcano:
La diosa te creí de la Armonía.

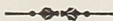
Apoyabas en mi hombro tu alba frente,
Luego cerraste tus pupilas bellas
Y en mí te abandonastes dulcemente.

Anocheció. Tus últimas querellas
Murieron suspirando en el ambiente
¡Y lloró el cielo lágrimas de estrellas!





LOS DOS

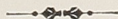


Somos los dos, cual dos ondas
Que llevara un mismo río,
Cual dos gotas de rocío
Que duermen en una flor.
Dos rayos en una estrella,
Dos notas de un laud herido,
Dos aves de un mismo nido,
Y dos lágrimas de amor.





PARTIÓ...



Al correr de la audaz locomotora,
Ví perderse en lejana lontananza
Su figura de maga encantadora
Llevándose consigo mi esperanza.
Desde entonces mi vida es una noche
Sin astros y sin luz,
Y parece que el cielo hace derroche
De dolores sin par sobre mi cruz.
Y no viendo mis ojos su hermosura
Todo á mi alrededor está de luto,
Y vierto ante el altar de la amargura
Mis lágrimas de amor como un tributo.
Sólo encuentro pesares en su ausencia
Todo me cansa y me produce hastío
Y no mirando al sol de mi existencia
Siento en mi corazón hórrido frío.

Busco en vano en los cielos una estrella
Por si logro un reflejo ver en ella,
De sus ojos tan verdes y tan bellos,
Dando hacia mí sus fúlgidos destellos.
Y me gusta vagar por el vacío,
Y sentir que mi espíritu dichoso,
Encuentra al suyo que buscaba al mío
En medio de los cielos silencioso.
Y en la penumbra de la noche fría
Me gusta oír que cuando yo la llamo,
Responde á mi reclamo
Con voz de sin igual melancolía.
Y al juntarse en el cielo muchas voces
Siento ese mismo ruido
Que llega á nuestro oído,
Cuando juegan las raudas mariposas
En el jardín risueño con las rosas.
En mis sueños la veo como un hada
Sentada de la mar en la ribera,
Y sueltos sus cabellos cual cascada
Que de una gruta audaz se desprendiera;
Otras veces la veo cual sirena
Que vaga por la playa,
Y ella escribe mi nombre allá en la arena
Donde la mar estalla.
Otras veces la veó ángel risueño
Velando con amor mi dulce sueño;
Y el ángel ve mis lágrimas amante
Y él mismo las enjuga en mi semblante.

Y entonces siento que una dulce calma
Da lenitivo á mi constante pena;
Y que el ángel, el hada y la sirena
Vierten un dulce bálsamo aquí en mi alma.

Marzo 6 de 1911.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





STABAT MATER



Allí junto á la Cruz, allí está Ella,
Devorando sus lágrimas callada,
Más que la aurora, más hermosa y bella,
¡Virgen bendita! Virgen adorada!

El alma destrozada y abatida,
Llorando de dolor, cual nadie viera;
Contempla en una Cruz morir la vida,
La vida que en su seno floreciera.

¡Oh qué grande aflicción y qué tristeza
No sentida jamás por criatura!
Marchita de su rostro la belleza,
Marchita de sus labios la frescura.

¿Quién ante tal dolor no se conmueve?
¿Quién puede haber que á tal sufrir resista?
Nadie más, ¡oh María! te renueve
El inmenso pesar que te contrista.

Ella, la Madre amante sollozando,
Junto al madero donde su Hijo muere.
Pidámosle perdón, perdón llorando
A Ella tan pura, que el pecado hiere.

Ella miró á Jesús atormentado
Por las faltas de toda su nación,
Miró su cuerpo herido, destrozado,
Y vióle sangrar luz del corazón.

Ella vió al Hijo Santo moribundo
Olvidado de aquellos que salvara,
Tender sus ojos por el ancho mundo
Sin encontrar un alma que le amara.

¡Oh Madre inmaculada de la Vida!
¡Oh Madre de Jesús! Fuente de amor,
Haced que llore el alma arrepentida
Y que sienta en mi pecho tu dolor!

Grabad en lo más hondo de mi alma
El peso enorme de la Santa Cruz;
Y haced Vos que al morir logre la palma
De morar en el reino de Jesús.

Abril 13 de 1911.





OTOÑAL (I)



(Trad. libre de Guerrini)

Cuando en Otoño de las plantas flojas
Caigan al suelo las marchitas hojas,
Si vienes algún día al Campo Santo
Sobre mi tumba á derramar tu llanto;
Búscala, niña, donde no hayan flores,
Donde las aves canten mis amores,
Y donde el sauce lllore tus desvíos
Que fueron causa de los llantos míos.

Como un recuerdo de tu bardo muerto,
Toma esas flores que en mi pecho incierto
Nacieron al calor de Primavera;
Tómalas para ornar tu cabellera
En recuerdo del ramo que te hice,
Que son los versos que decirte quise,
Aquellos que tú altiva rechazaste;
Son las frases de amor que no escuchaste.

(1) Aquí solo se ha conservado parte de la idea del poeta italiano. Los cuatro últimos versos de la primera estrofa son originales.





SURSUM CORDA



A mi madre

Animo, corazón, llega á la cima,
Donde la luz del sol se desparrama,
Donde no existe un vulgo que te oprima,
Donde todo es amor y amor reclama.

Llega á la cumbre de la eterna Aurora,
Mi pobre corazón, que anhelas calma;
Llega á esa cumbre donde no se llora,
Donde siempre consuelo ha hallado el alma.

En ella encontrarás lo que es tu anhelo
Y olvidarás del mundo los dolores,
Todo es dicha sin fin en ese cielo,
Todo es luz, aire, pájaros y flores.

Rauda allí volará tu fantasía
Como el águila audaz sobre las nubes;
Y subirá tu ardiente poesía
En alas de los místicos querubes.

Arranca, corazón, huye del mundo
Porque el mundo es estrecho para tí;
Arranca de este lodazal inmundo,
Donde sangrando tus heridas ví.

Y al llegar do la luz eterna brilla
Un cántico tu amor entonará,
Como al verse del mar salvo en la orilla
Moisés, entonó un cántico á Jehová.





EN SU CRUCESITA



Para Manuela

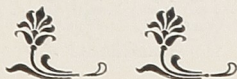
Si de tu vida la cruz
Llegase á ser muy pesada,
Fija en esta tu mirada
Que es como un faro de luz.
Si sobre tí su capuz
Tiende la noche del duelo,
Busca en ella tu consuelo
Y ahuyentarás el dolor,
¡Qué es un símbolo de amor!
¡Qué es un pedazo de cielo!

Y al mirarla piensa en mí:
Yo para tí la busqué,
En ella mi alma dejé
Y por eso te la dí.
Cuando en loco frenesí
Huyan los sueños de tu alma,
Busca en esta cruz la calma;

Y del mundo en la pelea,
Siempre ella tu guía sea
¡Porque es del triunfo la palma!

Quiera el cielo que en tu vida
Nunca tengas otra cruz;
Que de la dicha la luz
En tu ruta bendecida,
Irradie siempre encendida
Por una eterna ilusión;
Que nunca en tu corazón
El cáliz de la amargura
Derrame su hiel impura,
Ni te abata la aflicción.

Y cuando la tierra fría
Oprima mi cuerpo helado,
Cuando el destino y el hado
Acaben con tu alegría;
Vuelve á mirarla algún día
Y al recordar nuestro amor
Vierta por mí tu dolor,
Una lágrima piadosa
Que caiga sobre mi fosa
Como si fuera una flor.





TRADUCCION DE HIENE



Pon en mi pecho, niña, pon tu mano
¿No sientes dentro lúgubre inquietud?
Es que en el alma llevo un artezano
Que se pasa clavando mi ataud.

Trabaja sin descanso todo el día;
Y en la noche trabaja sin cesar;
Que acabes pronto, maestro, mi alma ansía,
Y me dejes en calma descansar.





SÁFICOS Á LA VIRGEN



Virgen del cielo, divinal Señora,
Oye los cantos que á tu nombre elevo,
Cantos indignos pero son del alma,
Oyelos, Madre.

Bajo tu manto en las terribles luchas
Guárdame siempre del helado cierzo,
Cierzo funesto que del mundo sopla
Flores tronchando.

Librame, Madre, al embestir furioso
De esas oleadas de la mar del mundo,
Hórridas, crueles, que devastan todo
Muertos sembrando.

Sálvame de ellas con tu amante auxilio,
Dame una tabla donde pueda asirme,
Muéstrame un faro cuya luz me guíe,
Llévame al puerto.





CONSUELO



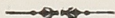
A un amigo.

Oye, amigo, este consuelo:
Desde que murió tu bella
Cada vez que miro al cielo
He visto que allá en su velo
Fulgura una nueva estrella.





ENTRE LAS FLORES

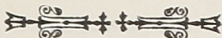


Perdióse la pareja enamorada
Entre el vergel risueño de las flores;
Iban ambos soñando sus amores,
Y mostrando su dicha en la mirada.

Ella en el hombro de él iba apoyada,
Y escuchaban los mágicos rumores,
Del agua de los bellos surtidores,
Y de la brisa tímida y helada.

Y entre aquella canción primaveral
Del viento que susurra entre las hojas;
Y la fuente en sus notas de cristal.

Entre aquella armonía de embeleso
De las aves que cantan sus congojas...
¡Se oyó cual nota musical un beso!





A COLÓN



Adelante, Colón, sigue adelante,
Es el ángel del mar el que te guía,
En ese ángel, sin miedo, en él confía
Y hallarás lo que buscas anhelante.

Y si aún de entre las olas palpitante,
Esa tierra que tanto tu alma ansía
No ha surgido, seguro surgiría
En premio de tu audacia en un instante.

Porque del sumo ser la Omnipotencia,
Sin premio nunca deja al que confiado,
Arrójase en su brazo poderoso.

Comprendiólo tu clara inteligencia
Y fuiste por tu fe recompensado,
¡Sacando un mundo de la mar coloso!





INVERNAL

I

A mi muy querido amigo y
colega Francisco Walker L.

Está triste el Invierno,
Triste y sombrío,
Huyen las avecillas
Por miedo al frío.
Sopla la brisa;
Más en su ala no lleva
Rumor de risa.

II

Cubre el valle la niebla
Como un sudario,
Y tiembla entre sus pliegues
El campanario,
Naturaleza
Temor inspira al alma,
Con su tristeza.

III

Los carámbanos cuelgan
De los tejados,
Sacúdense los árboles
Blancos nevados;
El río crece,
La rafaga á la choza
Ruda extremece.

IV

La calle solitaria
Cruza el mendigo,
Que por el frío tiembla
Sin un abrigo;
Tiende la mano,
Más nadie le dá nada
Al pobre anciano.

V

Disfrazado de músico
Más pordiosero,
Tocando una romanza
Pasa el buhonero;
Se lleva el viento
Sus notas ateridas
Como un lamento.

VI

Allá en el cementerio
La brisa mueve
Los árboles cargados
De blanca nieve.
Con blando arrullo,
Se duermen los sepulcros,
A su murmullo.

VII

Y al agitar el viento
A los cipreses,
Parece de las tumbas
Surgieran preces;
Rezan los muertos,
Con una voz temblona
Fríos y yertos.

VIII

Y cuelga de las cruces
La nieve blanca;
De los sauces el cierzo
Gemido arranca;
Cerca del suelo,
Posado en las estatuas
Grazna el mochuelo.

IX

Bajo el casuchón viejo
El panteonero,
Entona una balada
De aire ligero,
Mientras afuera,
Brilla el astro prendido
En la alta esfera.

X

Todo cubren las nubes
Con denso vuelo,
Cual plumazon de cisne
Lanzada al cielo.
Duerme la tierra
Bajo el docel purpureo,
Que el cielo encierra.

XI

Lleva la brisa un vago
Rumor de queja,
Como el canto de un ave
Cuando se aleja;
Y en la mañana
La voz trémula se oye
De la campana.

XII

Riza el viento las hondas
Del verde lago;
Y en el bosque se escucha
Gemido vago.
¡Oh triste invierno!
¿De qué al corazón le habla
Tu ruido eterno?

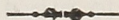
Agosto, 1910.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





VELEIDAD



La encontró en su camino por el mundo
Radiante como el sol;
Se miraron los dos, se comprendieron,
Y su alma se llevó.
El muchacho la amaba con locura,
Con fèrbida pasi3n.
Ella en las redes de su amor le tuvo
Opreso el coraz3n.
Pas3 el tiempo... muy f3cil mir3 el triunfo
Y perdi3 la ilusi3n.





¿QUÉ TENDRÁ?



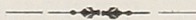
Dime, niña lo que tienes:
¿Por qué lloraste esa tarde,
Cuando en lo alto de una rama,
Se detuvieron dos aves?

No me niegues que algo tienes,
Que algo llevas en el alma.
¿Por qué, dí, á tu pajarillo
Lo soltaste de la jaula?





VEN...

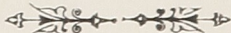


Ven. Cuando el sol se ponga en occidente
Vaguemos juntos por la selva umbría,
Posada en mi hombro tu adorada frente,
Soñemos nuestro amor, amada mía.

Ven. Cuando vierta su misterio al mundo
El manto de la noche tenebroso,
Pensando sólo en nuestro amor profundo,
Busquemos el silencio y el reposo.

Ven. Y conmigo sube á mi barquilla;
Boguemos á buscar la soledad,
Mira qué lindo el mar; la luna brilla,
Y el cielo no presagia tempestad.

Ven, niña de mi amor, mi dulce ensueño,
Ven conmigo, no tiembles, al altar:
Allí realizaremos nuestro sueño,
Y nadie nos podrá ya separar.





RIMAS

Cuando veo agruparse las nubés
Allá al horizonte;
Cuando veo caer sobre el mundo
La lóbrega noche,
Con su manto enlutado y opaco
Cubriendo los montes;
Cuando duerme tranquila la tierra,
Y duermen los hombres;
Cuando agita la brisa los árboles
Que pueblan el bosque,
Y se siente bullir á lo lejos
La fuente que corre;
Cuando cruza el relámpago fiero
Ytrémulo el orbe,
Escuchando el sonar de las olas,
Temblando se acoge;
De rodillas, señor te bendigo
De rodillas entonces;
Y elevando rendido á los cielos
Mis cánticos pobres,
Yo te entono á compás de natura
Gloriosos loores.



EL TOQUE DE ANIMAS

Escuchad esa lúgubre campana,
Que allá en lo alto tristemente ondea;
Nos habla al alma esa su voz lejana
Cuando en el aire tétrica voltea.

Esa su voz de mística armonía,
Mendiga en cada puerta una oración,
Llorando de dolor y de agonía,
Como postrera nota de canción.

¿No te parece un sin igual lamento?
¿No escuchas en sus dobles una queja;
Qué lleva en sus cendales presa el viento
Que en la distancia rápida se aleja?

Ella te habla de aquellos que vivieron,
Un día sobre el mundo como tú;
Ella te habla de aquellos que murieron,
De los que encierra el mísero ataud.

De esas almas que purgan sus pecados,
Antes de entrar á la mansión de luz:
Escucha sus sollozos congojados...
Vuelve la vista á la bendita cruz.

Cuanto tiempo viviste tú con ellas,
Y ya en tu corazón nació el olvido;
Te contemplan de allá de las estrellas,
Y te llaman con voz de hondo gemido.

Quién sabe si tu madre es la que pena,
Quién sabe si tu madre es la que llora,
Quién sabe si ella de amarguras llena
Una plegaria tuya, solo implora.

Cuántas veces quizás cuando eras niño
Veló llorosa tu afebrado sueño;
Y meciendo tu cuna con cariño,
De una balada te cantó el ensueño.

No la recuerdas ya; ¡poder inmenso!
El de la muerte que al amor abruma,
Corrió el Olvido un cortinaje denso;
Y olvidada quedó tras de su bruma.

Pero ella madre amante te contempla,
Ella guía tus pasos por el mundo,
Ella tus sueños de pasión los temple,
Ella te cuida con amor profundo.

Olvidar á una madre es un delito,
A esa flor del hogar, flor bendecida;
Que si el poder del tiempo es infinito,
Siempre ese amor termina con la vida.

Alza al Dios Sempiterno tu plegaria
Por la que fué tu madre aquí en la tierra,
Que duerme en una tumba solitaria,
Por la que el mísero ataud encierra.

Y acaso no es tu madre. Es tu esposa
La que viene á pedirte una oración,
Con una voz dolida, misteriosa;
Te llama de su lóbrega prisión.

Cuántas veces tu mano jugaría
Con las ondeadas hebras de su pelo;
Ahora duerme en una tumba fría,
Y su alma purga para entrar al cielo.

Recuerda á esa mujer que amaste tanto,
Que compartió tus penas y dolores;
Que al mirarte llorar secó tu llanto,
Y el consuelo te dió de sus amores.

Reza por ella. Fué tu compañera
En la triste jornada de este mundo,
Sacrificó por tí su vida entera
Y en el alma llevó tu amor profundo.

Reza por todos los que vierten llanto
Y al peso de sus penas sucumbieron;
Reza por ellos mira su quebranto,
Piensa que un día como tú vivieron.

Y piensa que también tú morirás,
Y aguardarás una oración piadosa,
Una plegaria santa aguardarás,
Que te conduzca al cielo bondadosa.

Y rezarán por tí los que te amaron,
Los que son tus hermanos en la fe;
Y aquellos que tus rezos trasportaron
Al cielo eterno donde á Dios se vé.

Tú que subes la cuesta caminante.
Tú cazador que cruzas por la selva:
Cuando veas que al día agonizante
El negro manto de la noche envuelva.

Cuando en la tarde al expirar el día
Escuches el tañir de la campana,
Ese tañir de gran melancolía,
Que semeja una música lejana.

Detente donde estés en el camino
Dobla piadoso tu rodilla al suelo,
Alza la voz, errante peregrino,
Y suba tu oración en raudo vuelo.

Sí; alza tu voz al Dios de las bondades;
Al Dios que muestra al náufrago una orilla,
Que encadena las fieras tempestades,
Cuando en la nube negra el rayo brilla.

Al Dios á cuya voz potente giran
Los astros en acorde movimiento;
Hacia ese Dios que las estrellas miran,
Al Dios de mares, tierra y firmamento.

Al Dios de amor, al cual las aves cantan
Al que perfuman tímidas las flores,
Cuando del suelo á lo alto se levantan
Y le ofrecen sus mágicos olores.

Apiádate, Señor, de los que lloran
De los que sufren fuego de expiación
Que tu misericordia santa imploran,
Que de tu amor imploran el perdón.

Apiádate, Señor, dales el cielo,
Olvida de la tierra sus flaquezas,
La carne es débil, mira su desvelo
Míralos inundados de tristezas.

Y míralos también como á tí claman
Entre sollozos con dolida voz;
A las puertas, Señor, de tu amor llaman,
Líbralos ya de su tormento atroz.



LOCO GENIO



Cual náyade en las ondas recostada
En silencio la América dormía,
De dos inmensos mares arrullada
En su abismo profundo se escondía.
Nada turbaba su letal reposo,
Y velaba su sueño silencioso
De púdica doncella,
El ángel de la mar que desplegaba
Sus alas misteriosas sobre ella,
Y de todo peligro la guardaba.
Un vestuario de flores la cubría,
Verdes hojas de encinas seculares,
Y en el cuello tenía
Ancho collar de espumas de los mares.
En tanto un loco el norte dirigía
De tres naves perdidas y sin rumbo,
Que en las olas vagaban como el tumbo
Que no sabe la playa á donde vá.
Arrancar su secreto pretendía,

Su secreto insondable al océano,
Descubrir de la náyade el arcano,
Y darla al mundo que aguardando está.
Sin saber si es verdad ó es ilusión
Al mirar á lo lejos su ribera,
Dijo el loco llorando de emoción:
«Levántate doncella del profundo».
Tal como un día á Lázaro dijera
El Salvador del mundo:
«Surge y camina» y Lázaro surgiera.
La América á la voz de aquel insano,
Quedó sobrecogida. Alzó el vuelo
El ángel de la mar y se fué al cielo,
No quiso defenderla el océano;
Y el loco de mirar meditabundo
¡Con su genio, del mar arrancó un mundo!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

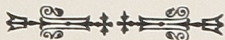




RIMAS

La niña de mis sueños casta y pura
Cruzábase ante mí,
Le pregunté ¿me quieres niña hermosa,
Niña hermosa y gentil?
No respondió la niña, más sus ojos
Me dijeron que sí.

La niña de mis sueños casta y pura,
Ante mí se cruzó,
Le dije: dame un beso, niña mía,
Que me muero de amor,
Ella no contestó, pero sus ojos
Me dijeron, aún nó.





MIRANDO A UNA MARIPOSA



Vedla, cuán ágil vuela!
Cómo jugando pasa entre las flores!
Volar alegre y fácil solo anhela,
No padece dolores.
¡Oh feliz Mariposa!
Tú no sabes sufrir, tú eres dichosa:
Jugando con el céfiro te pasas
Desde que nace el día hasta que muere,
Nunca Fatalidad
Tus finas alas hieres;
Tú no sabes lo que es la ancianidad:
Naciste en la mañana
Adentro de una rosa soberana,
Y á la tarde del día en que naciste,
Volando siempre alegre, nunca triste
Encontraste tu fosa,
Dentro del cáliz de una fresca rosa.
En una rosa naces

Y en otra rosa mueres sin saberlo,
Tu cuna y tu sepulcro son iguales
Una te da esas galas divinales;
La otra te da la tumba donde yaces.
El mismo viento que meció tu cuna
Ha de mecer tu fosa funeraria,
Tú naciste de un rayo de la luna
Cuando se esconde lenta y solitaria;
Y aquella luna que te da al jardín
No alcanzará siquiera á ver tu fin.
La misma aurora que al salir incierta
Te vió jugando en el pensil risueño
Ya mañana al volver te verá muerta,
Durmiendo en una flor tu eterno sueño.
Detente, Mariposa, y piensa un poco
Que la muerte volando va contigo,
Detente y no te rías de ese modo
No sea que en castigo
De tu desprecio loco,
Muerta te caigas en inmundo lodo.





NOCHE TRISTE



Luna. Astro de pálida blancura,
Amante fiel y eterna de la tierra,
Sonámbula de amor y de locura;
No descieras tan pronto tras la sierra.
Tú semejas la cara de una muerta
Envuelta en el sudario de las nubes
Y un misterio de paz en mí despierta
Esa quietud con que á lo alto subes.
Derrama sobre mí un fulgor divino
Que tranquilice solamente mi alma;
Un rayo de tu seno purpurino
Que le devuelva al corazón su calma.

Ebria de amor y llena de hermosura;
Con el vértigo horrible de la noche,
Me parece tu pálida blancura
De alabastrino lirio el tierno broche.
Puro y límpido témpano de hielo,

Bella flor deshojada por el viento
Lentejuela de plata que en el velo,
Te ostentas de la Reina del cielo.
Oye benigna mi dolido acento
Blanca perla del mar del firmamento;
Da un consuelo á la pena que me embarga
A esta pena tan ruda y tan amarga.





TU Y YO



Viniste al mundo para ser la aurora,
Que diera fin á mi constante pena,
Naciendo en mi alma ¡Oh niña encantadora!
Como en estéril roca una azucena.

Yo he venido á luchar. Quiero tu aliento
Para no sucumbir en el combate;
Quiero llevar en ti mi pensamiento
Porque al pensar en ti nada me abate.

Quiero que seas en mi vida estrella,
Que en mí solo derrame sus fulgores:
No todo es el combate y la querella,
Que á mas hay en la vida los amores.

Y mi amor eres tú, ángel del alma,
Que me hiciste hallar dulce la existencia,
Y vertiste en mí un bálsamo de calma
Como en el aire misteriosa esencia.

Mi amor no tiene fin. Yo he de amarte
Con locura, con férvida pasión,
He de rendirte culto, he de adorarte,
Mientras tenga un latido el corazón:

Del mundo haremos juntos el camino,
Cual dos niños tomados de la mano
Y será tu destino mi destino,
De la vida en el hórrido oceano:

Y bendiciendo á Dios ¡Oh niña amada!
Formaremos los dos un mismo nido,
Tú arrullando cual ave enamorada
Yo diciéndote versos al oído.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA







UNA LAGRIMA



Una tarde sentados en el parque
Hablábamos los dos,
Hablábamos los dos cosas muy tristes
De un desgraciado amor.
Rodó por tus mejillas una lágrima
Que á nuestros pies cayó;
Volví á aquel mismo sitio al otro día
Temblando de dolor,
Y ví maravillado que del suelo
Creciendo iba una flor.





CANTARES

Te asomaste á la ventana
Y los pájaros cantaron,
¡Creyeron que tras los montes
La aurora había asomado!

A la mujer que le toca
Un hombre vicioso y malo,
A una flor la comparara
Que se cae en un pantano.

El sol estaba muriendo
Y todo quedaba oscuro,
Dios hizo entonces tus ojos
Compadecido del mundo.

Lloraste por aquel muerto
Que llevaban al panteón,
Y reiste cuando fiera
Mataste mi corazón.

Van mis versos por el mundo
Cual errante pajarillo;
Sean tus ojos el faro
Que los guíe en su camino.

Si son mi cárcel tus brazos,
Y mis cadenas tus rizos;
Aunque me crean un loco,
Anhelo eterno presidio.

Entre su llanto y el mío
Eterno amor nos juramos;
Amor sellado con lágrimas
Destruir no pueden los años.

Yo creo que hay un infierno
Porque sinó, ¿dónde iría
La mujer que mata á un hombre,
Y el crimen después olvida?

Enjambre de mariposas
Que van buscando un jardín;
Son mis mágicos ensueños
Que vuelan siempre hacia tí.

Miré tus ojos un día
Y desde entonces encuentro,
Que no brillan las estrellas,
Que el sol opaco se ha puesto.

Dió la armonía á las aves
Cuando hizo el mundo el Señor,
Dió la lealtad á los perros,
Y á los hombres la traición.

Cuando los pájaros cantan
Y les contesta la brisa,
Se me figura que escucho
El encanto de tu risa.

Hoy azotan las olas
En esta playa;
En otras aquellas mismas
Darán mañana.
Así el sufrir
Hoy á mí me ha tocado,
Mañana á tí

Son tus ojos tan azules
Y profundos como el mar,
En ellos he naufragado
Que nunca aprendí á nadar.

¿Sabes que fuera la vida
¡Oh niña! sin el amor?
Una noche sin estrellas,
Un erial sin una flor.

Por la fiebre y por el frío
No siempre viene la muerte,
Que por el alma también
Suele venir otras veces.

Yo estudiara astronomía
Morena de mis ensueños,
Y analizara tus ojos
Para ver lo que hay adentro.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





LA EPOPEYA DE IQUIQUE

Dedicatoria

¿Qué soy, yo, Prat, para cantar tu gloria?
Un átomo infeliz que aquí en la tierra
No anhela del poeta la victoria,
Grandes ideas, nó mi mente encierra
Mas solo de tu hazaña la memoria
En la sangrienta, en la gloriosa guerra,
Despierta los acordes de mi lira,
Y ante tu vista mi canción se inspira.

A tí te la dedico, Prat glorioso,
Primicia del patriota es mi canción,
Suba mi voz y el aire correntoso
Lleve hasta tí mi vaga inspiración.
Acogedla benigno y cariñoso,
Es el fruto de noble admiración;
Y aunque nada es para tu honrosa fama
Sabedlo que es Amor el que lo inflama.

CANTO I



INTRODUCCIÓN

Después que un hombre ha muerto de sus
[cenizas brota,
El árbol del olvido por una ley fatal;
Ya nadie le recuerda, y en la región ignota,
Vagando va con su alma, su nombre de mortal.

II

Pasaron los antiguos y se olvidó su nombre,
Y así cual se suceden las olas en el mar,
Así se va pasando la sucesión del hombre
Y rotos en espumas van en la playa á dar.

III

Y luego viene otra ola ni sus vestigios deja,
Borrando en las arenas esa última señal,
Porque es cosa muy cierta que todo el que se aleja,
Será siempre olvidado por una ley fatal.

IV

Pasaron los artistas, pasaron los guerreros;
Murióse ya el gran Fidias y Ciro se murió;
Cruzaron de la tierra los ásperos senderos,
Y aquella misma tierra su nombre se tragó.

V

¡Oh héroes de Iquique jamás temáis vosotros!
La Fama hoy os coloca sobre alto pedestal;
Para guardar tu nombre estamos, Prat, nosotros
No, temas, Prat glorioso, tu nombre es inmortal.

VI

La patria tu servicio de bravo reclamaba,
Partiste de tu pueblo dejando en él tu hogar
Tus hijos y tu esposa; la patria te llamaba,
Y ante esa madre nada se puede comparar.

VII

A defender á Chile en la Esmeralda fuiste,
A defender osado el santo tricolor
Al norte te mandaron y al norte dirigiste;
El rumbo de tus naves emblemas del honor.

CANTO II



COMBATE DE IQUIQUE

VIII

El mar estaba triste y estaba triste el cielo,
Cubierto por las nubes con espacioso tul;
Volaban las gaviotas con más pesado vuelo,
Buscando, parecía, del cielo el limpio azul.

IX

De Iquique en la ancha rada, dos naves se veían
Ondeaba en sus mesanas de Chile el pabellón;
Y lentas con las olas las naves se mecían
De la marina brisa, al leve y blando són.

X

La Covadonga era una que atenta contemplaba
Del horizonte luengo las nubes en tropel;
La otra la Esmeralda y en ella Prat estaba
Más sobre la cubierta del buque no se vé.

XI

Quien sabe sí en su cuarto de capitán marino
Miraba los retratos de aquellos que dejó,
Y enviábales del alma un beso peregrino
¡Que aún antes del combate jamás los olvidó!

XII

Nacía en el oriente el sol de la mañana.
Dos buques se acercaban con todo su vapor:
La Independencia, el Huáscar la gran nave peruana,
Con que humillar á Chile quería el traidor.

XIII

Salieron al encuentro las dos naves chilenas
Y grita, Prat valiente: «La lucha es desigual»
Más viendo de su gente las caras tan serenas
¡Qué orgullo sintió entonces el héroe inmortal!

XIV

Y prosiguió diciendo: «Mirad esa bandera,
«No ha sido por contrario arriada, nó, jamás
«Espero ¡Oh mis valiente en vuestra fe sincera,
«Que ahora en el combate tampoco lo será».

XV

Así el héroe dijo... y allá en los aires truena,
El grito de la lucha que ya va á comenzar;
¡Viva Chile, la patria! en los ámbitos resuena
Y cada marinero su puesto va á ocupar.

XVI

Al ver de los chilenos esa actitud valiente,
Del Huáscar intimidaban á Prat la rendición;
No saben los peruanos que Chile no consiente,
Arriar á nadie nunca su sacro pabellón?

XVII

Aguardan la respuesta de la enemiga nave;
Más respondió por Chile del bronce la alta voz,
Que el bravo no se rinde, ahora el peruano sabe
Y carga la Esmeralda con ímpetu veloz.

XVIII

¡Qué horrenda está la lucha! ¡La lucha qué
[violenta!
Ahora todo es humo, retumba ya el cañón
Y en la coraza dura la bala se revienta
Más del marino nuestro ni tiembla el corazón.

XIX

Espanta al enemigo esa osadía inmensa,
Con que el chileno firme combate sin cesar;
Oscuro está ya el cielo por una nube densa,
De sangre y de despojos cubierto el ancho mar.

XX

Las cargas se renuevan, los golpes se suceden
Y por momento aumentan el ímpetu y furor,
Nuestros marinos firmes ni un punto retroceden,
Y una vez más demuestran su sin igual valor.

XXI

Cansados los peruanos de obstinación tan dura
A la Esmeralda atacan con el fiero espolón;
Viendo esto Prat exclama con voz firme y segura:
«¡Al abordaje, bravos, no tiemble el corazón!

XXII

Parado está en su puesto sobre la gran cubierta
Serenos cual si fuese la estatua de un Titán...
De pronto de un letargo parece se despierta
Aquel nuevo Juan de Austria, excelso capitán.

XXIII

¿Qué piensa? Fulgor lúgubre á su mirada asoma,
Quizás algún proyecto grandioso él concibió;
La vengadora espada con una mano toma
Y cruzan sus mejillas dos lágrimas de amor.

XXIV

¡Miradlo! va á lanzarse sobre la nave osada
Qué horrible fué el combate, que en su alma
[Prat sintió,
Abandonar sus hijos, su esposa idolatrada
Pues iba allí á la muerte y así lo comprendió.

XXV

Cruzaron por su mente... mas no jamás trepida,
El sabe que su ejemplo á todos va á alentar;
Y va á dejar cuanto ama y va á dejar la vida
¡Oh héroe sublime! ¡Oh héroe sin par!

XXVI

Por Chile solamente ¡Oh genio de la guerra!
Por tu querida patria vas pronto á sucumbir,
Desligaste de todo cuanto amas en la tierra
Y solo son tus ansias por Chile, Prat, morir.

XXVII

Noble águila marina volabas insegura,
Midiendo del espacio la eterna inmensidad;
La pequeñez de abajo mirando de esa altura
Te hizo volar al cielo de la inmortalidad.

XXVIII

Y espada en mano salta sobre el buque enemigo,
Le sigue solo Aldea valiente como él:
Mas ¡ay! que ya no tienen sus pechos al abrigo
De la valiente nave de Chile honor y prez.

XXIX

Y combatiendo siempre con incansable brazo
Sucumben bajo el hierro del fiero traidor,
Y unidos con su espada en un estrecho abrazo
Sus cuerpos se desploman sin fuerza y sin vigor.

XXX

Tu horrendo sacrificio está ya consumado
Lograste al fin tu anhelo, ya puedes descansar...
¡Chilenos contempladle! Muerto está; no humillado
Corred bravos patriotas su frente á coronar.

XXXI

Y cual la luz del sol que se esparce al mis-
[mo instante
En las nubes del cielo, en la tierra y en el mar
Así al punto nació en nuestro soldado anhelante
Deseo de morir como Prat ó de triunfar.

XXXII

Era de verlos como crecía por momento
En todos los chilenos la sed de sucumbir,
Rugían como el mar y corrían como el viento
Buscando en todas partes donde poder morir.

XXXIII

En tanto la Esmeralda ya medio sumergida,
No da tregua un momento, retumba su cañón,
En la enemiga nave su jefe está sin vida,
Pero en su palo ondea de Chile el pabellón.

XXXIV

El Huáscar se prepara á otra feroz descarga
Concluir quiere la lucha y de una vez concluir;
Sobre la débil nave á todo vapor carga,
Apenas la Esmeralda le pudo resistir.

XXXV

Más como á los chilenos mostrado ha Prat
[no en vano
La senda de la gloria la senda del honor;
Imítanlo unos cuantos al frente de Serrano
Perfecto prototipo de heroico valor.

XXXVI

Saltaron sobre el Huáscar y al punto perecieron
¡Deshonra del peruano, inmenso deshonor!
Con sangre de valientes el cuerpo se cubrieron
Pero ni aun por esto ganaron en valor.

XXXVII

La lucha continúa con más rabiosa saña,
Los ayes del herido aumentan más y más
Y Chile se sostiene ¡Milagro de la hazaña!
Que arriada su bandera no se verá jamás.

XXXVIII

Mas ya la vieja nave no puede sostenerse,
Y aguarda el tercer choque dispuesta á sucumbir;
Su casco traspasado de balas puede verse,
Si el triunfo es imposible sabrá al menos morir.

XXXIX

Y al darle el tercer choque ya el Huáscar se retira
Se inclina la Esmeralda ladeada hacia babor;
Y así como el anciano que poco á poco expira
Empieza á sumergirse con lúgubre extertor.

XL

Y gritan los peruanos: que baje esa bandera
Al bravo de Riquelme de ardiente corazón,
Y aun cuando ¡victoria! tronaban por doquiera,
Les respondió Riquelme y disparó el cañón.

XLI

Y en aquel mar inmenso después de acción tan
[bella,
Ondeando la bandera sobre el palo mayor,
Hundióse la Esmeralda, Riquelme hundióse en ella
Envuelto entre los pliegues del santo tricolor.

XLII

Y cual el tigre hambriento, se queda allí ase-
[chando
Los restos de la víctima que él despedazó,
Así quedóse el Huáscar los restos contemplando
De la valiente nave que el piélago tragó.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CANTO III



El Coro de las Sirenas

XLIII

Danzando en las olas
Del mar espumoso,
Del piélago undoso,
Saltando veloz;
En forma de rueda
Las bellas sirenas
Entonan serenas
Su dulce canción.

XLIV

«Cantemos al héroe,
Cantemos la gloria,
La eterna victoria,
Que Chile alcanzó.
Cantemos su fama,
Cantemos su nombre,
Cantemos al hombre,
Que á Chile sirvió.

XLV

«Sus bravos marinos
Que aquí están ya muertos,
Buscaban inciertos
La gloria, el honor.
Más ya lo encontraron:
Tranquilos descansan,
Sus sueños alcanzan...
¡Dormid sin temor!

XLVI

«Allí está Riquelme,
Su noble bandera
Le cubre doquiera
El cuerpo y la faz.
Gloriosa mortaja
Que oculta á su dueño...
Velemos su sueño,
Su sueño de paz.

XLVII

«Ciñamos su frente
Con esta corona,
Que el triunfo eslabona
Tan solo al valor».

Decían algunas
De aquel triste coro,
Enjugando el lloro
Del más tierno amor.

XLVIII

«Dejadlo que duerma»
Decían las otras,
«Cantemos nosotras
Su gloria no más.
Dejadlo que duerma
Que es dulce su sueño,
Logrado ha su empeño
Dejémoslo en paz.»

XLIX

Y entre las espumas
El cabello suelto,
Y su cuerpo envuelto
Con un blanco tul;
Las bellas sirenas
Seguían cantando,
Seguían nadando
Sobre el mar azul.

CANTO IV



La voz del mar

L

¡Silencio! Bellas sirenas
Enmudezca ya el poeta,
Y calle su lira inquieta,
Tronando dijo la mar:
Deteneos altas nubes
Y escuchad mi rudo acento,
Que acompañado del viento
Voy por mis olas á hablar.

Una prueba de mi afecto
Al chileno valeroso,
En el combate animoso
Mis imperios le darán.
Una prueba quiero darle
Para perpetuar su gloria,
Y pregonar su victoria
A los siglos que vendrán.

Y así os doy, bravos de Iquique,
En mi ancho seno un palacio

De oro, perlas y topacio,
Allí podréis habitar.
Sí ¡Oh héroes legendarios!
Tendréis por tumba las brumas,
Por lápidas las espumas,
Por epitafio la mar.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





AMOR DE MADRE

A mi adorada madre.

Era una tarde del Invierno triste,
El sol en el Ocaso había muerto;
En vuelo presuroso negras nubes
Cruzaban por el alto firmamento.
Melancólico, triste y silencioso,
Me dirigí esa tarde al cementerio...
Sollozaban los sauces tristemente,
Movidos de la brisa bajo el peso,
Y allá cual soñoliento vigilante
Se doblaba el ciprés que mira al cielo.
La vieja cruz temblaba levemente
Sobre el sepulcro frío y macilento.
A poco andar, en un camino oculto,
Más que camino, mísero sendero
Hallé junto á una tumba dos mujeres,
Abrazadas llorando sin consuelo.
Seguí el camino con el alma opresa

Y fuíme á preguntarle al panteonero:
— «Decid, buen hombre, ¿quienes son aquellas
Que así lloran con tanto sentimiento?»
— «Son la madre y la esposa respondióme
De un infeliz que ayer no más trajeron».
Permanecí mirándolas un rato
Y de casa el camino tomé luego;
Estaba triste, y al llegar la noche
Apenas pude conciliar el sueño;
De aquellas dos mujeres la figura
De mí no se apartaba ni un momento
Pobre madre exclamaba ¡cuánta pena!
Pobre esposa ¡qué llanto tan acerbo!

*
* *

Corrió el tiempo, y un día del Otoño
Me dirigí de nuevo al cementerio,
No había el sol llegado todavía
A la mitad del alto firmamento;
Soplaba el viento y en su vuelo rauda
Arrastraba las hojas por el suelo
Vi una mujer junto á un sepulcro mísero,
Más que mujer me parecía espectro;
Y arrodillada en actitud modesta
Rezaba y al rezar miraba al cielo,
Cayendo de sus ojos gruesas lágrimas,
Al evocar, quizás algún recuerdo.
Cerca de allí cavaban una fosa

Y fuíme á preguntarle al panteonero:
—¿Quién es esa mujer que tanto llora?
—Es la madre, señor, de un pobre muerto
Que á este sitio trajeron años hace.
La acompañaba siempre en su desvelo
La esposa del difunto; pero dicen
Que se casó con otro y hace tiempo,
Que viene sola a acompañar á su hijo;
Y siempre llora con dolor tan nuevo,
Que á mí me deja el alma hecha pedazos
Y ésto, señor, que soy sepulturero».
Al salir del panteón para volverme
En el alma sentía mucho hielo,
Sentía en las entrañas mucho frío,
Y el corazón saltábame en el pecho.
¡Oh qué inconstancia de la vida humana!
Esa mujer que le llorara un tiempo,
Esa mujer que le llamara esposo,
Aquella que solícita á su ruego
De la pasión en el feliz transporte
Le jurara, tal vez, amor eterno;
Aceptaba otro amor y se casaba,
Olvidando el recuerdo del primero.
¡Mujer mentida! ¡Corazón de nieve!
El viento se llevó en su rauda vuelo
Las palabras de amor que le dijiste,
Los traidores y falsos juramentos
¡Mujer maldita! ¡corazón ingrato!
Furioso repetí con rudo acento.

Al volver á mi casa descendía
El sol dando sus rayos postrimeros,
Calló la sombra sobre el mundo frío
Y la noche tendió su velo negro.

*
* *

Al volver de los años, una tarde
Me dirigí otra vez al cementerio...
De la pasada tempestad la nieve,
Cubría los sepulcros, aunque á trechos,
Asomaban sus lápidas de mármol
Debajo de la hierba en los senderos.
Un murmullo á un quejido semejante
Arrancaba á los árboles el cierzo.
Crucé las alamedas presuroso
Y me interné en otro sendero luego;
Busqué la tumba de aquel pobre esposo
De esa mujer infiel, y allá á lo lejos
La divisé blanquear entre los árboles.
Allí me dirigí con tierno anhelo,
La tumba estaba sola; nadie había
Rezando junto á ella; y en silencio
Rodaron por mi rostro tibias lágrimas.
Contemplándola así quedé un momento,
Hacia los cielos levanté los ojos
Y por el muerto, dije un Padre Nuestro.
Silbando una canción entre los dientes
Cruzaba por allí el sepulturero

—Amigo díjele ¿por qué esta tumba
Está tan sola cuando yo recuerdo
Que aquí pasaba una mujer llorando,
Llorando todo el día sin consuelo
Decid: ¿por qué este pobre está tan solo?
—Señor, me respondió, su madre ha muerto.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



DESPOJO SANTO

A mi sabio profesor de retórica
el Rvdo. P. Rafael Román.

I

En un islote
Cerca á la playa
Donde las olas
Van á llorar;
Hay una gruta
Casi perdida
Do sobresale
Gran pedestal.

II

En otro tiempo
Sobre él estuvo
La Virgen Santa
Fijada allí;

Y al marinero
Seguro amparo
Daba la reina
Del mar sin fin.

III

Llena de flores
Pasaba siempre,
Nunca faltaba
Su grato olor;
Pues las llevaban
Como una ofrenda
Los pescadores
Con grande amor.

IV

Allí encontraba
La triste esposa
Quien le calmara
Su gran pesar,
Cuando el marido
En lid horrenda
Iba en las olas
A naufragar.

V

Por eso nunca
Velas faltaban
Que una vez salvo

Salvo del mar,
El marinero
Agradecido
Iba á la Virgen
A colocar.

VI

Las golondrinas
Y las palomas
De fácil vuelo
Raudos y fugaces,
En la enramada
De aquella gruta
Iban sus nidos
A fabricar.

VII

Y allí entonaban
Sus trinos dulces
Los pajarillos
Del peñascal;
Mientras sus ramas
Entrelazaba
Junto á la estatua
Verde rosal.

VIII

Marco le hacían
Las blancas nubes,

Y el firmamento
Corona azul;
Cual gran cortina
De anchos tapices
Que descolgara
Su hermoso tul.

IX

Su frente pura
Besaba el viento,
Y cuando triste
Moría el sol,
Su último rayo
Al cielo daba,
Formando en nubes
El arrebol.

X

Y en el mar limpio
Y trasparente
Se reflejaba
Su santa faz;
Cual en espejo
Movable inquieto
Que ni un momento
Se estaba en paz.

XI

Tanto las olas
Tanto la amaban
Que en sus vaivenes
Con gran placer;
La salpicaban
De blanca espuma
Que deshacíase
Allí á sus pies.

XII

El viento ufano
Por si la Virgen
Al mar bravío
Quisiera más;
Soplaba fuerte
Y en su divino
Rostro purpúreo
Se iba á parar.

XIII

El arco íris
Le hacía aureola
Con su variado
Suave color;

Y de la Virgen
La faz sonriente
Reinaba en todos
Con tierno amor.

XIV

Mas el Averno
Sufrii no pudo
Que aquella Virgen
Reinara allí;
Y así rabioso
Al mar bravío
Excitó un día,
Día infeliz.

XV

Dios permitiólo
¿Quién sus designios
Incomprensibles
Puede entender?
Talvez con eso
Probar quería
De aquellas gentes
La santa fe.

XVI

Y en una tarde,
Tarde sombría

Con gran estruendo
Rugió la mar;
Nublóse el cielo,
Cayó la lluvia,
El sol moría
Ya sin brillar.

XVII

Se encrespó la ola
Y el mar airado
Contra la gruta
Se fué á estrellar;
Mas respetuosas
Las olas todas
Volvían luego
Su golpe atrás.

XVIII

Llegó una ola
Osada y fiera
Que de la Virgen
Los pies mojó;
Y luego otra ola
Más atrevida,
Todo su cuerpo,
Todo envolvió.

XIX

Los marineros
Que de la orilla
La contemplaban
Con gran temor;
Temblaron todos,
Que el mar airado,
Contra la Virgen
¡Ay! se atrevió

XX

Al volver la ola
Ellos pudieron
Ver que la Virgen
Estaba allí;
Con su faz dulce,
Siempre serena
Miraba á todos,
Miraba, sí.

XXI

Mas de sus ojos
Dijeron ellos
Que alguna lágrima
Iba á brotar,

Pues que su vista
Estaba triste,
Fija en las olas,
Fija en el mar.

XXII

El cual rugía
Como si empuje
Diérale airado
Algúr. titán,
Que allí en su fondo
Hubiese oculto,
Dando á las olas
Fuerza infernal.

XXIII

Y así las olas
Suben al cielo,
Y hasta el profundo
Caen después;
Las nubes paran
Junto á la imagen,
Como si fueranla
A defender.

XXIV

¿Cómo es creíble
Que haya cambiado
El mar que era antes
Amante y fiel?
Es que el Averno
Le hace instrumento
Para su envidia
Satisfacer.

XXV

Por fin una ola
Con rabia fiera
Contra la imagen
Se fué á estrellar.
Todos callaron;
Tembló la estatua,
La santa Virgen
Cayóse al mar.

XXVI

Los marineros
Se postran todos

Piedad clamando
Del alto Dios;
Y se confunden
Sus tiernas súplicas
Subiendo al cielo
Sólo una voz.

XXVII

Un rayo airado
Hendió los aires,
Cruzó el espacio,
Cayendo al mar,
Cuál si indignado
De tal audacia,
Fuese á las olas
A castigar.

XXVIII

Algunos cuantos
Del triste pueblo
Al mar se arrojan
Con gran valor;
Buscan la imagen
Que el mar se lleva,
El mar funesto
Devorador.

XXIX

Mas no la encuentran,
Vuelven sin ella
Y por perdida
La llorarán;
Mirando quedan
Las fieras olas
Que allí á sus plantas
Vienen y van.

XXX

Y cual si hubiera
Su único intento
El fiero averno
Logrado ya;
Calmóse la ola,
Paró la lluvia,
Y terminóse
La tempestad.

XXXI

Desde aquel día
No está la estatua
Sobre el macizo
Gran pedestal;

Que solitario
Lanza en la noche,
Sus tristes quejas
Al fiero mar.

XXXII

Y el viento suave,
Entre las ramas
De aquella gruta
Llora sin fin;
Y se lamentan
También las aves
Porque la Virgen
Ya no está allí.

XXXIII

En el islote
Todo está triste:
Mustias las flores,
Seco el rosal,
Que entretegía
Sus frescas ramas,
Subiendo á lo alto
Del pedestal.

XXXIV

Cuando las barcas
Se alejan mucho,
Y sobreviene
La tempestad;
Muy pocas vuelven
Todas se pierden
Pues que la Virgen
Allí no está.

XXXV

La pobre esposa
En vano busca
Quien sus pesares
Pueda calmar.
Cayó la Virgen,
Junto con ella
Cayó la dicha
De todo hogar.

XXXVI

Y los trigales
Secos se mueren,
Y los enfermos
Mueren también.

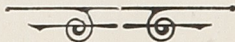
¡Ay! Virgen Santa
Volved al pueblo,
Se fué contigo
La dicha, el bien.

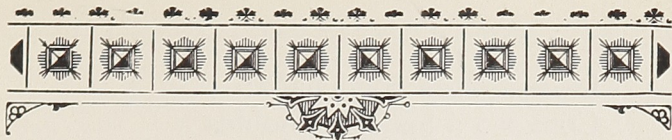
XXXVII

Mas he sabido
Que ya cansados
Los marineros
De tal penar;
Han reunido
Todas sus rentas
Pues comprar quieren
Virgen igual.

XXXVIII

Y desde entonces
En esos campos,
Campos desiertos
Rudo arenal;
¡Oh maravilla
Casi milagro!
Trigos y siembras
Les rinden más.





CORAZÓN REBELDE

(Leyenda)

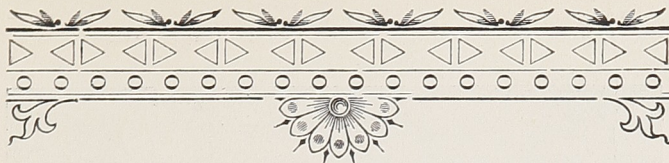
Im. Hiene.

Llevo siempre en mi memoria,
Oculto en el corazón,
Una ya muy vieja historia
De una infinita pasión.
Era un caballero amante,
A quien su amada engañó,
Por traidora é inconstante
A la joven despreció.
Mas en su alma no moría
El recuerdo de su amor,
Ni de la que fuera un día
La causa de su dolor.
Y no sabiendo por qué
La dama lo despreciaba,
Olvidando que su fe

La venganza condenaba;
Convocó á los otros nobles
A la arena del combate,
Que entre dos montes inmóviles
Espera el hórrido embate.
Y saliendo á la llanura
Dijo el noble ante la dama,
Empuñando su armadura:
«Salga al campo el que en mi fama
Una mancha quiera echar,
O juzgue indigno mi amor.»
Todos callaron al par,
Menos su propio dolor;
Entonces sin esperanza,
Ya perdida la ilusión,
Volviendo su misma lanza
Se la hundió en el corazón.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





ILIMAY



(Leyenda)

A mi estimado amigo, Alejandro Méndez García
de la Huerta.

«Ven á mis brazos adorado mío,
Ven aquí Tupaycán del alma mía;
Ven conmigo á vagar cerca del río,
Que está triste la tarde, está sombría»

Así una joven india, así exclamaba,
Hermosa cual ninguna otra araucana;
Mientras lejano el sol se derrumbaba
Con augusta tristeza soberana.

Y á la margen de un río cristalino,
En el centro de un bosque enmarañado,
La joven india de mirar divino
Seguía en su clamor desesperado.



Ven á mis brazos murmuraba el viento,
Ven á mis brazos repetía el eco;
Y ella gemía con un triste acento
Con un acento desmayado y seco:

« ¡Ay fiero Tupaycán! ¿Porqué me dejas?
¿Tupaycán por qué partes á la guerra?
Escucha fiero toqui, oye mis quejas,
O ábrase al punto y trágueme la tierra.

« Si sabes Tucaypán, que yo te adoro,
Si sabes que por tí diera mi vida,
Si sabes que tu amor es mi tesoro
¿Cómo me dejas con el alma herida?

« Las flores abren ya de los copihues,
Mueve la brisa con susurro leve,
El tallo cecular de los colihues...
Tanta tristeza dí ¿no te conmueve?

« Mira en el cielo á la argentada luna,
Mira á las aves recogerse al nido,
Y á la garza nadando en la laguna
Todo respira amor ¡ay triste olvido!

« Ven á mis brazos, adorado mío,
Ven aquí Tupaycán del alma mía,
Ven conmigo á vagar cerca del río
Que está triste la tarde, está sombría. »

Tendió la noche su manto,
Y á la luz de las estrellas,
Una araucana en su canto
Entonaba sus querellas
Con un murmullo de llanto.

Lleva el viento esa canción
Que entre las lágrimas brota
Del fondo del corazón,
Y se pierde cada nota
Del ambiente en la mansión.

«¡Ay! la araucana exclamaba
Que por el bosque cruzaba
Cual fantástica visión,
Y que la luna bañaba
Con rayos de compasión.

«¡Ay Tupaycán de mi vida!
Contesta ya á mis clamores;
Al verme llorar las flores,
Por tus desdenes herida,
Han perdido sus primores.

«Prometiste que volvías:
Pasan las horas, los días,
Y al pié del mismo quillay,
Llorando sus agonías
Te ha esperado tu Ilimay.

«Te llamó el toque de guerra
Cuando tu alma con la mía
Para siempre se uniría,
Mas no vuelves á esta tierra
Donde muero de agonía.

«Construí mi lecho de amores
Con esas flores del prado
De más variados colores,
Mas si no llega mi amado
Llévese el viento esas flores.»

Así dijo la araucana,
Botó lejos su chamal
Y hacia la margen cercana,
Del hondo abismo fatal
Dirigió su planta insana.

Y con ánimo valiente
Al profundo se lanzó;
Envolvióla la corriente,
Y en el fondo del torrente
Para siempre se perdió.

Prosiguió el tiempo en su veloz carrera
Sucediéndose un día al otro día;
Así como del mar en la ribera
Se suceden las olas á porfía.

Crecieron los maitenes, las encinas
De aquel bosque sombrío y solitario;
Y aquel torrente de aguas cristalinas,
De la pobre araucana era el osario.

Volvió por fin el toqui de la guerra
Y al encontrar su rancho allí vacío,
Interrogó á las aves de la sierra
Y á las límpidas ondas de aquel río.

Las ondas no revelan su secreto,
Las aves no contestan á su pena;
Y ya el mochuelo de cantar inquieto
Con su triste graznido el aire llena.

¿«Dónde estás Ilimay del alma mía?
¿En dónde estás? ya de la guerra he vuelto
Ven á mis brazos, Tupaycán decía,
Lanzando al suelo el tharilonco envuelto.»

Y al hallar el chamal allí en la tierra
Junto al torrente cuya voz no calla,
Volvióse el toqui á la sañuda guerra
En busca de la muerte en la batalla.

Era de verlo en el combate fiero
Ninguno tan valiente y tan feroz,

Corría como el viento, más ligero,
Sembrando por doquier la muerte atroz.

Nada á la vida ya le sujetaba,
Y entra anhelante en la feroz pelea;
Que muerta la mujer á quien amaba
Morir tan sólo Tupaycán desea.

Y por eso no teme por su suerte
Y tanto en la pelea fué avanzando,
Que en medio el enemigo halló la muerte
Pero murió como héroe: matando.

Y cuentan los araucanos
Que allá en la noche sombría,
Se ven en la selva umbría
Las sombras de dos indianos.

Sale una del mismo río,
La otra sale del valle,
Y vagan por la ancha calle
Que conduce al caserío.

Y en el silencio se escucha
Un rumor como de queja,
Que parece que se aleja
Hasta el campo de la lucha.

Donde aun hay amontonados
Los pedazos de esqueletos,
Y en cuyos riscos escuetos
Se ven huesos destrozados.

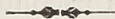
Y dicen que cuando asoma,
Trayendo al mundo alegría,
La luz primera del día
Allá detrás de la loma;

Las dos sombras se separan
Una se pierde en el río,
La otra en el bosque umbrío
Cual nieblas que se esfumaran,





EL PAYADOR



Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía)
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna:
La que de niña en la cuna,
Abrió tus ojos risueños:
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.

(OBLIGADO).

El sol en el ocaso descendía
Y el campo se poblaba de rumores
De esos rumores de la tarde fría
Tan llenos de tristezas y dolores,

«Una nueva canción, payador mío»,
Le dijo la morocha encantadora,
«Una canción de amor que tengo frío
Entona con tu voz de ave que llora.
No cantaré el amor, muero de pena,
Respondió el payador;
Cantaré una canción dulce y serena
Como un débil rumor;
Y empezó el payador de faz sombría
Un canto de una intensa melodía.

«Soy un pájaro sin nido
Un pobre pájaro errante
Que en una rama distante
Exhala un triste gemido.
En la espesura escondido
Paso las horas trinando
Y entre mis himnos llorando
Por un secreto dolor,
Yo no soy un payador,
Soy un ser que vive amando.

«Soy una flor desprendida
Que arrebatada el huracán
Mariposa que en su afán
Volando pasa la vida.
Sombra de un alma perdida
Por las montañas yo vago
Y me detengo en el lago,

Donde una náyade hermosa
Con una arpa misteriosa
Me enseña un canto muy vago.

«Soy el rayo de una estrella
Que parpadea de amor;
Soy el trémulo fulgor
Con que en el aire destella,
Una tímida centella
Que se pierde en la espesura;
Soy el dios de la amargura,
Soy el tumbo que en las olas,
Con las tormentas á solas
Va del mar en la negrura.

«Yo soy el cisne amoroso
Que se oculta en la laguna,
Soy un rayo de la luna
Que da un beso tembloroso
A un sepulcro misterioso
Donde una virgen descansa;
Soy un ser sin esperanza
Un sonámbulo de amor,
Que pálido de dolor
No halla á sus penas templanza.

«¿Cuál es mi origen? No sé
¿Soy el hijo de una ondina?

¡Fué mi madre golondrina
O estrella del cielo fué?
Eso nunca lo sabré
Yo sólo de mí he sabido
Que en una gruta he nacido
Al fulgurar de la luna,
Que fué de ramas mi cuna
Como es de ramas el nido.

«Que ía cuidaron las hadas,
Que sus mágicos olores
Allí exhalaban las flores
Junto á ella entrelazadas,
Que sus melifluas baladas
El pajarillo rastrero
Entonaba en el otero,
Del cual mi cuna pendía,
Que allí un arrollo corría
Y la mecía el pampero.

«Que en mi pobre alma dolida
Ya no queda una ilusión,
Que cuando en mi corazón
Busco una flor escondida,
La encuentro mustia y sin vida
Que ya no tengo remedio,
Que no hallo en la vida medio
Para olvidar mi pesar,

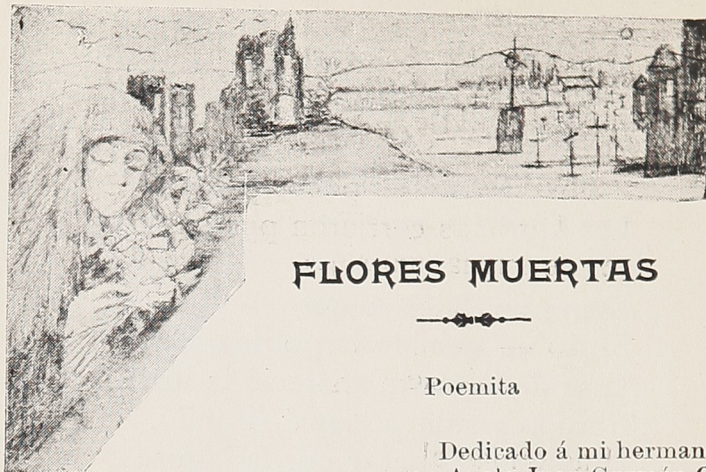
Que ya solo sé llorar
Y todo me causa tedio».

No dijo más el pobre payador,
Las lágrimas corrieron por sus ojos,
Y de sus labios rojos
Como un dulce rumor
Brotó un gemido largo de dolor.
Tras de la sierra apareció la luna,
El rudo vendaval sopló rizando,
Las ondas al pasar por la laguna
Cual si fuera gimiendo y suspirando.

Y al pálido fulgor
Que el astro de la noche derramaba
Vióse en la pampa muerto al payador,
Bajo un ombú tendido se encontraba
Y junto á él su morocha sollozaba.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA





FLORES MUERTAS



Poemita

¡ Dedicado á mi hermano
en Apo'o Juan Guzmán C.

DEDICATORIA

He de salirme, amigo, con mi empeño
De rendir un tributo á tu bondad,
Por eso te dedico aqueste sueño
Que tomara en mi mente realidad;
Es un poema pequeño, muy pequeño,
Mas lazo indisoluble de amistad;
Y aunque del verso no tendrá las galas
¡El ave siempre es ave sin las alas!

I

Cierta vez una aldea visitaba
Y no sé yo por qué secreto instinto
Hacia el viejo panteón me encaminaba

Que no lejos sus muros destacaba
Semejando un antiguo laberinto.
Las calles recorrí del cementerio
Y al llegar á una tumba solitaria
En donde duerme el sueño del misterio
Bajo la fría losa funeraria
Algún mortal que en el olvido habita;
Hallé sobre la piedra de la fosa
Una rama de flores ya marchita
Y en el suelo las hojas de una rosa,
Quedéme pensativo un breve instante
Y dije para mí: tal vez encierra
Ese ramo la historia de un amante
Que cruzara entre lágrimas la tierra.

Esa historia que nunca se ha sabido
Os la voy á contar,
Para que así no caiga en el olvido,
Donde todo en el mundo va á parar;
A mí me la contó el sauzal lloroso,
Que cubre bondadoso
Con su verde ramaje vacilante
La tumba triste de aquel pobre amante.

Era un joven que amaba con locura
A una niña de tierno corazón,
Ella también le amó y en su ventura
Los dos forjaban sueños de ilusión.
El nombre de la joven era Juana,

Ernesto el de su fiel enamorado;
Ella era hermosa como flor temprana,
Y él aunque niño era un galán formado.
En esa misma aldea ambos nacieron
Mas el pobre de Ernesto vive solo,
Pues sus padres ha tiempo que murieron.

Cuando eran niños, quien cruzara el prado
Tomados de la mano los veía;
El siempre amante, siempre enamorado,
Ella siempre sonriendo de alegría,
Del suelo recogían tiernas flores
Y entre miradas mágicas de amores
Y frases de pasión que les dictaba
Su tierno corazón,
Por las del uno el otro las cambiaba.
Buscaban á la rauda mariposa,
Que al verlos, en el cáliz de una rosa
Se escondía con tímida aflicción.
Otras veces oyendo los cantares
De los pobres jilgueros escondidos,
El trepaba á los cedros y pinares.
Aguardaba allí, atentos los oídos
Hasta volver después de la jornada
Con el triste botín para su amada
Aquel doncel conquistador de nidos.

Después de mucho tiempo en una tarde,
De esas hermosas tardes del Estío,

Cuando el astro del día apenas arde,
Antes de sepultarse en el vacío,
Tornaban del paseo muy contentos
En el alma llevaban sus anhelos
Y en la mente ideales pensamientos.
Un enjambre de raudas mariposas
Haciendo evoluciones en sus vuelos,
Cual si fueran aladas, tiernas rosas
De repente pasó por cima de ellos
Dando al aire magníficos destellos.

«¿Qué son las mariposas de colores?»

La niña preguntó

«Son las almas en penas de las flores»,

Ernesto siempre alegre respondió:

«Que en castigo tal vez de algún desvío

«Dios las mandó vagar por el vacío»

«¡Qué feliz purgatorio! ¡Qué alegría!»

Dijo Juana sonriendo;

«Volar de flor en flor durante el día

«Y en la tarde á la luz crepuscularia

«Dormirse allá bajo la selva umbría

«En brazos de una esbelta pasionaría»

«No dijo Ernesto, pues no sienten ellas

«La dicha que al vivir dan los amores»

«Aman á sus hermanas: á las flores

«Y acaso aman también á las estrellas».

Juana dijo con voz enamorada

Como arrullo de un ave en la enramada.

Hablando así los dos entretenidos

Torcieron el camino que serpea
Entre los grandes árboles unidos
Y de nuevo arribaron á la aldea.

El curso fué pasando de los años
Sin penas, ni dolores,
Sin sospechar los rudos desengaños
Conque á veces concluyen los amores.
Lo mismo ahora que al siguiente día
Paseaban juntos en la tarde umbría
Ya fuera por la selva ó junto al lago,
Ya fuera por el prado ó por el río
Mas siempre con el mismo tierno halago.
Ernesto siempre fiel, siempre dichoso,
Sin quejarse ninguno de un desvío,
Siempre ese mismo diálogo sabroso,
Siempre el rostro de Juana el más hermoso
¡Qué no entra en esas almas el hastío!
Así juntos corrían por el mundo
Sin perder de la dicha la esperanza
Cifrando todo en ese amor profundo
Que tan solo una vez el pecho alcanza.

Más ¡ay! que un día el mozo desdichado
Cayó enfermo de un mal de gravedad
Y huérfano, como era, abandonado
Se vió en su enfermedad.
Juana al ver como Ernesto no volyía,
Sin saber el motivo de su ausencia,

Sospechando que yá no la quería,
Se pasaba llorando todo el día
Sin la luz de su amor y su existencia.
Supo al fin que de mísera dolencia
El pobre se moría.
Entonces desalada, medio muerta
Llegóse junto al lecho del enfermo
Que con mirada incierta
Poco á poco gimiendo agonizaba.
Al verla junto al lecho que lloraba
Vió por primera vez el moribundo
La alba luz de unos ojos de este mundo
Que con la luz del cielo competía,
Dudando de las dos cual vencería.
Y al penetrar la luz de esa mirada
Del enfermo en el alma entristecida,
Sintióla por el fuego reanimada
Y retornó á su espíritu la vida
¡Como el sol en verano resucita
La flor que en el invierno se marchita!

Y tomando sus manos que temblaban
Le dijo sollozando:
Mientras de ella los ojos no miraban
Y seguían llorando:
«Voy á morir, oh Juana de mi vida,
» Dejarte sola es mi mayor tormento
» Cuanto ha sufrido mi alma dolorida
» Te lo dirá mi fatigado acento».

«Si no te morirás, Ernesto mío,
» No lo digas ni en broma, tan siquiera
« El escucharlo sólo me dá frío
» Por no oirlo morirme prefiriera.
» Si vivirás conmigo muchos años,
» Y nos hará felices nuestro amor,
» Nunca te azotarán los desengaños
» No sabrás lo que es pena ni dolor.
» ¡Qué vida tan dichosa! ¡Qué dulzura!
» Cuando nadie nos pueda separar
» Tú sabes que te adoro con locura,
» ¿Cómo así, Ernesto, dí, no has de sanar?»
» No me hagas ilusiones, Juana mía,
» Que el alma despedazan al huir
» No me hables de eso que tu Ernesto ansía
» No hables de dichas al ver que va á morir.
» Ya sabes, si me muero
» En el cielo, mi Juana, yo te espero.
» Porque allá continúan los amores,
» Los que son puros, los que son del alma,
» Y sin mezclar en ellos los dolores,
» Y sin perder el corazón la calma.
» Por eso el cielo, es cielo, y no es infierno:
» Porque estamos con Dios que es nuestra vida,
» Porque el amor allí siempre es eterno
» Y amarse en Dios es dicha no extinguida».
Dijo Ernesto y quedáronse mirando...
Ella en el suelo ante él permaneció
El enfermo los ojos fué cerrando

Y por la ruda fiebre se durmió,
En su intranquilo sueño delirando.
Juana llena de lágrimas los ojos
Ante una imagen santa de María
Fué á postrarse de hinojos
Y así dijo gimiendo en su agonía,

«Reina del cielo, celestial señora,
» Vos que al enfermo lo dejabais sano
» Vos, María; que sois consoladora
» Posad en él vuestra bendita mano;
» Vos que tanto sufristeis en la vida
» Y cual nadie sabéis lo que es penar
» Vedme sin él. ¡Oh Madre! desvalida
» El alma siempre triste, dolorida
» Sin que nadie le enjague su llorar.
» Si alguno de los dos ha de partir
» Si tanta dicha fuera robo al cielo
» Que sea yo la víctima al morir
» Te pido, Madre, con ferviente anhelo.
» Mas, si de tu hijo la sentencia es dada
» Tu mandato divino yo respeto
» Quedaré con el alma destrozada
» Pero él lo quiere así; yo me someto».

El enfermo movióse débilmente
A su lado corrió á postrarse Juana...
La luz primera de la Aurora riente
Asomó jugueteando á la ventana.

- «Juana, dijo, con voz imperceptible,
» Niña del alma, escúchame y no llores:
» Cuando al peso por fin de mis dolores
» Te dé el último adiós, Juana, y sucumba
» Llevarás al panteón lozanas flores
» Y las pondrás allí sobre mi tumba,
» Ellas serán ¡oh niña idolatrada!
» El más puro recuerdo de tu amor».

Después dijo una frase entrecortada
Que en el aire vibró como un rumor
Cual rumor á un quejido semejante
O al eco de un suspiro muy distante,
Luego dió un ¡ay! los párpados cerró
Y á los cielos su espíritu voló.

Afuera el mundo de placer reía
El sol en el Oriente aparecía
Y á la luz matinal los ruseñores
Sus nítidos cantares entonaban;
En el jardín abríanse las flores
Y en las ramas los céfiros jugaban.

La muchacha cayóse desmayada
Perdida la razón y sin aliento
Cuando por fin volvióle el pensamiento
Encontróse en su lecho recostada.
Mucho lloró su desgraciada suerte
Nada le daba alivio ni consuelo
A punto estuvo de encontrar la muerte
Que era su único bien, su único anhelo;

Un día al fin se dirigió llorando
Al campo del misterio.
Todo el mundo quedábala mirando;
Parecía una sombra caminando
Sin pisar, por el triste cementerio.
Llevaba entre sus manos unas flores
Y entregábase toda á sus dolores.
Al llegar á una tumba se detuvo
Sus lágrimas contuvo
Y dejando las flores en la losa,
Arrodillada en el sepulcro frío
Dijo con voz llorosa:

- » Vengo á cumplir tu encargo, dueño mío,
- » Y alejada del mundo
- » Buscar quiero á mis penas un consuelo,
- » Porque en este silencio tan profundo
- » Y tan cerca de tí, me siento al cielo
- » Transportada con alas en un vuelo.

Quedóse luego un rato arrodillada
Con los ojos clavados en la fosa,
Que con su vista devoraba ansiosa
Cual si en ella estuviese concentrada
Toda su vida actual y la pasada.
Se escuchaba el rumor lejos del viento
Que en los verdes cipreses sollozaba,
Y era el triste rumor como un lamento
Que en extraño lenguaje murmuraba.
De pronto alzó la niña la cabeza

Y dijo con tristeza:

«Adiós, voy á marcharme dueño mío,
» Del mundo arrancaré; me causa hastío
» Quiero la soledad, mi tierno amigo,
» Y en espíritu allí vivir contigo
» La mujer que te ha amado tan constante
» No admitirá otro amor, ni un solo instante!»
Y dejando las flores en la piedra,
De lágrimas rociadas por su llanto,
Entrelazadas en la verde hiedra,
Llorando se alejó con su quebranto.

Pasó el tiempo después y nadie supo
En donde se escondió con sus dolores
Solo de ella quedaron unas flores
Sobre una tumba oculta en el panteón.
Alguien dice que fuese á un monasterio
Guardando de su vida gran misterio,
Para hacer revivir su alma marchita
Con férvida oración.
Mas nunca allí su pensamiento habita
¡Que vaga en una tumba del panteón!

III

Esta es la triste historia
Que no puedo apartar de mi memoria
Y luego de llorar al recordarla

Volví á fijar mis ojos en la brecha,
Do está la losa; y advertí al mirarla
Que no tiene ni un nombre ni una fecha
Que recuerde esa historia y nos asombre.
Y pensé con dolor grande, infinito
Que esa fecha que falta y ese nombre,
No mora en el olvido cruel, maldito
¡Que en su alma una mujer le lleva escrito!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





MI CANCIÓN



Como un ruiseñor alado
Va volando mi canción
Dale un refugio sagrado,
Manuela, en tu corazón.





ÍNDICE



PÁGS.

Prólogo.....	V
Dedicatoria.....	1
Dedicatoria. A M. P. B.....	3
El Cristo del Monte.....	6
La muerte del poeta.....	11
Su nombre.....	14
A la Santísima Virgen (Soneto).....	15
Ojos de cielo (Madrigal).....	16
Nada imposible.....	17
Al Cementerio.....	19
Nocturno.....	20
La violeta blanca.....	25
Mi Crucifijo.....	26
En la tumba de un poeta.....	27
¿Recuerdas?.....	28
Los dos.....	29
Partió.....	30
Stabat Mater.....	33
Otoñal.....	35
Sursum Corda.....	36

En su crucesita.....	38
Traducción de Hiene.....	40
Sáficos á la Virgen.....	41
Consuelo.....	42
Entre las flores.....	43
A Colón.....	44
Invernal.....	45
Veleidad.....	50
¿Qué tendrá?.....	51
Ven.....	52
Rimas.....	53
El toque de Animas.....	54
Loco genio.....	59
Rimas.....	60
Mirando á una mariposa.....	62
Noche triste.....	64
Tú y yo.....	66
Una lágrima.....	69
Cantares.....	70
La Epopeya de Iquique.....	74
Amor de Madre.....	91
Despojo santo.....	96
Corazón rebelde.....	111
Ilimay.....	113
El payador.....	121
Flores muertas.....	126
Mi canción.....	138

